



S. ESTÉBAN, PAPA Y M.

es verdad; pero son cruces; ¿y porqué las malogrará no recibéndolas como tales? A este duro ejercicio de paciencia ligó Dios tu perfeccion, y acaso tu salvacion; ¿pues para qué te inquietas? Bien puede ser que cualquiera otro ejercicio de mortificacion y de virtud fuese mas de tu gusto, pero no te seria tan provechoso; el que ahora te pesa tanto, y quisieras sacudir de tí, es el que Dios te ha destinado. Guárdate bien de reputar las aflicciones por desgracias; eso seria juzgarlas por los sentidos; míralas con ojos cristianos, y las estimarás como merecen. Ellas son un manantial perenne de gracias que facilitan la salvacion. Es buen medio para hacerlas saludables y dulces dar de cuando en cuando gracias á Dios, especialmente al acabar la oracion de la mañana y de la noche, por los trabajos que se ha servido enviarnos, como diciendo: Yo os doy gracias, Señor, por la afliccion que me habeis enviado; haced por vuestra piedad que me sea provechosa, y que me sirva para desprenderme de los vanos atractivos y bienes aparentes de este mundo para unirme á solo vos (Job 1): *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut placuit Domino, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.*

## DIA SEGUNDO.

## SAN ESTÉBAN, PAPA Y MÁRTIR.

San Estéban papa, primero de este nombre, fué hijo de Julio, ciudadano romano. Nació hácia el fin del segundo siglo; y aunque se tienen pocas noticias de los primeros años de su niñez, hay razones para creer que era cristiana su familia, y que el niño fué criado en los principios y máximas de la verdadera

religion. Como su corazón era naturalmente bien inclinado, y estaba dotado de excelente ingenio, se dedicó al estudio de las letras humanas y divinas pero singularmente al de la ciencia de los santos; en poco tiempo se hizo un lugar muy distinguido entre los fieles de Roma. Siendo de poca edad, fué recibido en el clero, y por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, por su sabiduría y por su mérito captó la admiracion y el concepto universal, considerándole todos por digno de los primeros empleos de la Iglesia. Los papas san Cornelio y san Lucio, sus predecesores, hicieron juicio que no debian dejar escondida debajo del celemin aquella brillante antorcha. Ordenáronle de diácono, y despues le hicieron arcediano de la iglesia romana, dignidad que ponía á su cargo la custodia y la distribucion del tesoro de la iglesia, dándole al mismo tiempo jurisdiccion de vicario; lo que acredita la estimacion que hacian de su mérito y de su mucha virtud.

Jamás se habia visto la Iglesia, al parecer, agitada de mas violentas tempestades, ni combatida de mas artificiosos y mas malignos enemigos, que hacia el fin del año de 254, en que murió el papa san Lucio. Novaciano, presbítero de la iglesia romana, y Novato, presbítero asimismo de la de Cartago, el primero antipapa, los dos cismáticos, y ambos herejes, tenian muchos parciales de sus errores en Oriente y en Occidente hasta en el mismo gremio de los obispos. Aunque san Cipriano de Cartago y san Dionisio de Alejandría se habian opuesto con valor á sus impiedades, consiguiendo que fuesen condenados por varios concilios, no por eso dejaba de inficionar á muchos el veneno de la herejía; y su partido, con el engañoso pretexto de reforma hacia desertar á muchos fieles de las banderas de Jesucristo, y adelantaba cada dia nuevas conquistadas. Defendian que no debian ser admitidos á la

comunión á los que hubiesen caído en el crimen de idolatría; y sus sectarios, extendiendo esta errada doctrina á todo género de culpas, quitaban á la Iglesia el poder para atar y desatar. Condenaban las segundas nupcias, y obstinadamente sostenian que debian ser rebautizados todos aquellos que despues del bautismo hubiesen cometido algun pecado mortal. Aprovechándose los gentiles de aquellas funestas divisiones, perseguian cruelmente á los cristianos, incitando á los emperadores y á los magistrados para que hiciesen sangrienta guerra á la Iglesia. Viendo los santos papas Cornelio y Lucio tan combatida la navecilla de san Pedro, y fluctuante entre las encrespadas olas, llamaron á nuestro santo para que los ayudase á gobernar el timon en un tiempo en que jamás habian sido los escollos mas frecuentes, ni las borrascas mas deshechas. Por su virtud, por su doctrina y por su zelo se granjeó, aun en vida de sus predecesores, todos los sufragios del público para ocupar el lugar á que el cielo le tenia destinado. Habiendo terminado san Lucio gloriosamente su carrera, coronando con el martirio su pontificado, por unánime consentimiento fué electo sumo pontífice san Estéban el año de 257. Dice Anastasio que san Cornelio, seis meses antes de morir, le habia entregado todos los bienes de la Iglesia, y que san Lucio al tiempo de su muerte le confió todo el rebaño, recomendándole toda la Iglesia afligida. Algunos son tambien de opinion que san Estéban gobernó la Iglesia como vicario de san Lucio, que fué desterrado pocos dias despues de su eleccion.

Luego que se sentó en la cátedra de san Pedro, se dedicó enteramente á desempeñar todas las obligaciones de aquella suprema dignidad. Ofreciéronsele presto ocasiones en que resplandecieron su virtud, su zelo y su gran capacidad. Por mas artificios de que

se valieron los herejes para sorprenderle, ó para intimidarle, siempre y en todas ocasiones se mostró el santo pontífice azote de la herejía, defensor de los sagrados cánones y oráculo de la Iglesia.

Fueron acusados y convencidos de *Libeláticos* Basíldes, obispo de Astorga en España, y Marcial, obispo de Mérida. Llamábanse *Libeláticos* aquellos cobardes cristianos, que, si bien no habian sacrificado á los ídolos, daban ó recibian certificaciones falsas de haber sacrificado, para libertar por este medio su vida, su libertad y sus bienes. A este delito de los dos preladados se añadian otros tan enormes, que los hacian indignos de la mitra, viéndose precisados los obispos de España á deponerlos y á nombrarlos sucesores. Acudieron al papa Basíldes y Marcial, haciendo cuanto pudieron para engañarle. Recibiólos, y los oyó con tanto amor y con tanta benignidad, que ya se daban por restituidos á sus sillas; pero luego que el santo pontífice recibió las cartas de san Cipriano y de los obispos de España, en que le informaban de los delitos que habian cometido, no quiso verlos mas y mantuvo inflexible su teson.

Pero lo que da mayor idea del alto mérito de nuestro santo es la célebre disputa que se suscitó entre los mas santos y mas sabios obispos de la Iglesia sobre el valor ó nulidad del bautismo conferido por los herejes. Parece que esta disputa tuvo principio en la iglesia de Cartago, donde san Cipriano, fundándose en la práctica de su predecesor Agripino, enseñaba que era nulo todo bautismo fuera de la Iglesia católica; y por consiguiente, que se debian rebautizar todos los herejes que se reconciliaban con ella. Siguiéron esta misma opinion los obispos de Oriente, que se juntaron en Iconio, y fué la dominante así en el Oriente como en el Africa. Pero san Estéban la condenó, y declaró que respecto de los que volvian al

gremio de la Iglesia, de cualquiera secta que fuesen, *nihil innovetur*, nada se debia innovar sino seguir precisamente la tradicion, que era imponerles las manos por la penitencia, sin rebautizarlos, una vez que hubiesen sido bautizados en el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, y por otra parte no se omitiese cosa alguna de las esenciales al bautismo.

Costó trabajo á san Cipriano mudar de parecer. Convocó muchos concilios que confirmaron su opinion, y en virtud de esto escribió al papa. Lo mismo hicieron los obispos de Oriente; pero san Estéban, guiado del Espiritu Santo, que gobierna siempre la Iglesia, y asistido con aquellos auxilios sobrenaturales que Jesucristo prometió á su vicario hasta el fin de los siglos, ni se deslumbró á vista del mérito, ni se acobardó con el número de los que se oponian á su declaracion; y así escribió resueltamente á san Cipriano y á los obispos de Cilicia, de Capadocia y Galacia, que se separarian de su comunión si persistian en su opinion sobre el bautismo de los herejes. Con el tiempo se redujeron todos los obispos de Oriente á la decision del pontífice, contribuyendo no poco á este feliz suceso san Dionisio, obispo de Alejandria. Mayor fué la resistencia de los obispos africanos; pero al fin toda la Iglesia abrazó lo definido por san Estéban. Tambien tuvo el consuelo de saber por carta de san Dionisio Alejandrino que en general todo el Oriente habia abandonado el partido de los novacianos, uniéndose con Roma; y al mismo tiempo que le participa esta gustosa noticia, se congratula con el santo papa de los socorros espirituales y temporales que solicitaba á los fieles de Siria y Arabia; prueba evidente de lo mucho á que se extendia su caridad y vigilancia pastoral, dilatándose esta á todas las necesidades de la Iglesia, siendo su zelo tan inmenso como aquella.

Al principio de su pontificado le escribieron Faustino, obispo de Leon, y san Cipriano, que Marciano, obispo de Arlés, daba en los errores de los novacianos, y se habia declarado parcial de aquella secta: al punto procedió contra él con todo el vigor de su zelo; pero siempre acompañado de mucha blandura y caridad. Con la paz que gozó la Iglesia los primeros años del imperio de Valeriano, pudo el santo pastor cuidar de su rebaño con toda libertad, desviándole de los pastos inficionados; pero duró poco esta dulce tranquilidad. Marciano, su primer ministro y uno de los enemigos mas mortales del nombre cristiano, mudó la voluntad del principe, y le indujo á declarar la guerra á nuestra santa religion; en cuyas circunstancias no perdonó san Estéban medio ni diligencia para fortalecer á los fieles contra la tempestad que los amenazaba.

Publicó el emperador un edicto por el cual confiscaba los bienes de los cristianos, y los concedia al que los denunciase. Con esta ocasion, convocó el santo papa al clero y al pueblo; y habló con tanta energia y con tanta eficacia sobre la vanidad de los bienes de esta vida, inspirando á todos tan animoso valor, que un presbitero llamado Bono, arrebatado de un santo fervor, exclamó á nombre de todos, que no solo estaban prontos á perder todos sus bienes, sino á padecer los mas crueles tormentos y á dar la vida por Jesucristo; declaracion que fué recibida con aplauso universal. Encendido el fuego de la persecucion, es indecible el ardor con que todos se disponian al martirio. El santo papa andaba de casa en casa, y pasaba los dias en lugares subterráneos, ofreciendo el santo sacrificio, y dando á los fieles la sagrada comunión. En un solo dia bautizó ciento y ochenta catecúmenos, administróles el sacramento de la confirmacion, dicen las Actas, ofreció por ellos el sacrificio incruento,

sustentólos con el pan de los fuertes, y pocos dias despues casi todos merecieron recibir la corona del martirio.

No dudando el santo pontífice que él mismo seria tambien dichosa víctima dentro de poco tiempo, quiso dar providencia en las necesidades de la Iglesia. Arregló lo que mas urgia en la actual constitucion de los negocios para el gobierno de su querido rebaño; encargósele á tres presbiteros, siete diaconos y diez y seis clérigos, á quienes encomendó la custodia de los vasos sagrados y la distribucion de las limosnas. Al mismo tiempo que daba estas providencias, poniendo orden en todo, andaba buscando al santo papa, Nemesio, tribuno militar, por haber oido que era hombre extraordinario de mucho poder con Dios, y que hacia grandes milagros. Tenia el tribuno una hija única, ciega desde su nacimiento, á quien amaba tiernamente. Encontró en fin á san Estéban, y le suplicó que diese vista á su hija. Harélo, respondió el santo, pero con condicion de que has de creer en Jesucristo, en cuyo nombre y virtud he de obrar el milagro. Sin detenerse un punto, lo prometió todo Nemesio, y asegurando con juramento que se haria cristiano, desde luego creyó en Jesucristo y pidió el bautismo. Instruyóle el papa, y bautizóle juntamente con su hija, la cual cobró la vista luego que recibió el bautismo, y se la dió el nombre de Lucila. A vista de esta maravilla se convirtieron y se bautizaron sesenta y tres gentiles, creciendo cada dia tanto el número de los cristianos, que san Estéban, corriendo dia y noche las grutas en que estaban escondidos para alentarlos, consolarlos, asistirlos y decirles el santo sacrificio de la misa, continuamente estaba administrando el santo bautismo á los que habia instruido.

Fueron mientras tanto arrestados Nemesio y su hija Lucila, como tambien Sempronio, su primer se-

cretario, ó mayordomo de su casa, á quien el juez le mandó que, so pena de la vida, declarase el estado de todos los bienes de su amo. Respondió el fiel criado que el tribuno nada tenia absolutamente desde que todo lo habia repartido entre los pobres. *¿Luego tú tambien erés cristiano como tu amo?* replicó Olimpo, que así se llamaba el juez. *Esa dicha tengo, y me honro mucho con ella*, respondió Sempronio. Irritado Olimpo con esta respuesta, hizo traer una estatua del dios Marte, y mandó á Sempronio en nombre de aquella mentida deidad que declarase los tesoros de Nemesio. Mirando Sempronio con indignacion al ídolo, exclamó: *Confúndate nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, y hágate pedazos en este mismo instante.* Al momento cayó el ídolo á sus piés reducido en polvo. Asombró á Olimpo el milagro; y abriendo los ojos del alma, creyó que todos sus dioses eran quimeras, y que no habia otro verdadero Dios que Jesucristo. Descubrióse á Exuperia, su mujer, que interiormente era cristiana; esta le confirmó en su pensamiento, y le aconsejó que se convirtiese. Hizolo con toda su familia; acudiendo san Estéban informado de lo que pasaba, instruyólos, bautizólos y los exhortó á la perseverancia.

Metió mucho ruido en Roma la conversion de una familia tan conocida; y noticioso el emperador, lleno de ira, mandó que á todos les quitasen la vida en un mismo dia, teniendo el santo papa el consuelo de darles á todos sepultura. La misma suerte lograron otros doce clérigos ó presbiteros de su iglesia, á cuya frente estaba el fervoroso presbitero Bono. Habiendo enviado al cielo delante de sí el santo pontífice tanto número de generosos mártires, suspiraba tiempo habia por la misma corona, y al fin la consiguió. Mandóle prender el emperador, y quiso verle. Preguntóle luego si era él aquel sedicioso que turbaba el estado,

desviando al pueblo del culto debido á los dioses del imperio. *Señor*, respondió el santo, *yo no turbo el estado; solo exhorto al pueblo á que no rinda culto á los demonios, y á que adore al verdadero Dios, á quien únicamente se le debe.* Impío, exclamó el emperador, *estás blasfemia que acabas de proferir la vengará tu muerte;* y volviéndose á los soldados de su guardia, añadió: *Quiero que sea conducido al templo del dios Marte, y que allí sea degollado y ofrecido en sacrificio.* Ejecutóse la órden, llevaronle al templo de Marte; pero apenas llegó cuando el cielo rompió en truenos, relámpagos y rayos; cayó en tierra el templo, y huyeron todos los gentiles. Quedó Estéban solo con los cristianos que le habian seguido; retiróse con ellos al lugar donde acostumbraban juntarse, y ofreció el divino sacrificio. No bien acabó de celebrar el del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, cuando vió acercarse el feliz momento en que él mismo habia de hacer el de su vida; porque, entrando los soldados que le andaban buscando por todas partes, le degollaron sobre su misma silla pontifical, cuando estaba exhortando á los cristianos al martirio. Sucedió el suyo el dia 2 de agosto, hácia el año de 249, y su santo cuerpo, con la silla en que fué sacrificado, bañada toda de su sangre, fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto. Trasladóse su cabeza á Colonia, donde es singularmente venerada.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui nos beati Stephani, martyris atque pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Estéban, concédenos que, cuando celebremos su dichoso nacimiento á la gloria, logremos

Dominum nostrum Jesum Christum...

su poderosa proteccion en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 20 de los Hechos apostólicos.*

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu Ecclesiae. Qui cum venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Vos scitis à prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim, serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus, quae mihi acciderunt ex insidiis judaeorum: quomodo nihil subtraxerim utilium, quò minus annuntiarem vobis, et docerem vos publice, et per domos, testificans judaeis atque gentilibus in Deum poenitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.

En aquellos días: Estando Pablo en Mileto, envió mensajeros á Éfeso para llamar los ancianos de la Iglesia. Despues que llegaron y estuvieron juntos, les dijo Pablo: Vosotros sabeis cómo me he portado con vosotros en todo el tiempo desde el primer día que entré en el Asia, que serví al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas, entre los contratiempos y aflicciones que me sucedieron por las asechanzas que me armaron los judíos que no oculté á vuestro conocimiento cosa alguna de las que os podian ser útiles; no dejando por caso alguno de anunciarla, ni de instruiros públicamente, y en las casas, exhortando á los judíos y á los gentiles á convertirse á Dios por la penitencia, y á creer en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

« Intituló san Lucas la obra de donde sacó esta epístola los *Hechos de los apóstoles*, para que busquemos en ella, dice san Juan Crisóstomo, no tanto los prodigios que hicieron, cuanto las virtudes y santas acciones que practicaron. »

## REFLEXIONES.

*Bien sabeis cómo me he portado entre vosotros desde el primer día que entré en el Asia sirviendo á Dios.* Este es el lenguaje que deben usar todos aquellos que por su ministerio se emplean en la salvacion de las almas, y trabajan en la conversion de los pecadores. Su desinterés, su exacta bondad, su vida pura, mortificada y ejemplar, su modestia y su notoria virtud se han de anticipar á ganarles el concepto y los corazones, haciendo estas prendas el panegirico de su zelo. Prediquen los ministros del Evangelio con las obras; y siempre hará fruto el predicador. Es poderoso en palabras el que es poderoso en obras; son los ejemplos un discurso mudo, mas elocuente que el de los mas hábiles oradores. Lo mismo se puede decir del ministerio de confesar y dirigir almas. Todo zelo interesado es infructuoso. ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan á sí mismos! decia en otro tiempo el profeta (*Ezeq. 34*): *Vae pastoribus Israel, qui pascebant semetipsos!* El oficio de pastor ¿no es apacentar el rebaño? *Nonne greges à pastoribus pascuntur?* Y con todo eso, vosotros le comeis su leche, os cubris con su lana, y no cuidais de apacentarle: *Quod infirmum fuit, non consolidastis.* Ni confortasteis las ovejas flacas, ni curasteis las enfermas. *Et quod cecrotum, non sanastis.* Si alguna cayó, no la levantasteis; si otra se perdió, no hicisteis diligencia para encontrarla; descarriáronse mis ovejas, y de esa manera cayeron en los dientes y en las garras de las fieras: *Et factae sunt in devorationem omnium bestiarum.* Por tanto, ó pastores, oid la palabra del Señor, añade el profeta: esto es lo que os dice, yo mismo pediré cuenta á estos pastores de todos los daños que padeció mi rebaño: ellos me la darán de todas las ovejas que se

pierden: *Ecce ego ipse requiram gregem meum de manu eorum.* Para que el zelo sea eficaz, ha de ser puro. Si en los ministerios no procedemos, y si no nos aplicamos á ellos por motivos puramente sobrenaturales, nuestra aparente caridad será un verdadero amor propio disfrazado; y nosotros semejantes, dice el Apóstol, á una campana hueca, sonido y nada más. Si tuviéremos la misma caridad que san Pablo, nuestra misma conducta será la mejor apología contra la más infame calumnia. Busquemos á Dios solo en nuestros ministerios, y con ellos ganaremos para Dios á todos los pecadores.

*El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opus ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno según sus obras.

## MEDITACION

DE LA ABNEGACION DE SÍ MISMO.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que la abnegacion de sí mismo no solo es necesaria para la perfección cristiana, sino que, según las palabras del Evangelio, parece serlo también para la salvacion. *Si alguno quisiere venir en pos de mí*, dice el Salvador, *niéguese á sí mismo.* Nuestro mayor enemigo es nuestro amor propio; nace en un terreno estragado; está inficionado el principio, y no es más sano su fin. ¿Qué amamos cuando nos amamos á nosotros mismos? Amamos todo lo que es contrario á la salvacion; bienes de la tierra, deleites sensuales, licencia, libertad, distinciones, preeminencias, todo lo que lisonjea los sentidos, todo lo que fomenta la concupiscencia, todo lo que corrompe el corazón; en una palabra, todo aquello que nos desvia de Dios, todo es muy del gusto de la naturaleza corrompida. El amor propio siempre está de acuerdo con los sentidos; todo lo que se opone á estos irrita y ofende á aquel; todas las pasiones, por decirlo así, están á su mando; todas reinan en su nombre; el amor, el odio, la venganza, la ambicion, el orgullo, todos estos tiranos del corazón humano, todos estos enemigos de nuestra salvacion, todas estas fieras son obra de la concupiscencia. Quita del mundo al amor propio, decía san Bernardo, y el infierno se convertirá en un desierto, ó se apagarán sus llamas, ó á lo menos estarán ociosas y sin ejercicio. Quita de tí el amor de tí mismo, de tu estimacion, de tus conveniencias, y el hombre cristiano no será ya un hombre animal y sensual, sino un hombre todo espiritual, sin gusto en nada fuera de Dios, sin